

se muestra el hombre bajo todos estos aspectos! Sus afectos morales son intelectuales, como sus acciones; sus deseos se extienden á lo infinito, cuenta, para expresar sus ideas y sentimientos, no solo con movimientos fisionómicos extremadamente variados, sino con gestos y actitudes numerosas, con una infinidad de expresiones vocales, con el lenguaje articulado, las artes industriales y las bellas artes: sus funciones de expresion son propias para representar *las ideas de las relaciones de los seres*. Su voluntad es libre, resiste á las inclinaciones mas vivas, á los deseos mas ardientes, á las tendencias que tienen mas poder; renuncia al placer y sufre el dolor en las circunstancias en que la razon lo exige; se entrega á la muerte, cuando la virtud le prescribe esta accion como una lei; manda, en fin, á su organizacion, porque debe vivir con sus semejantes y tiene deberes que cumplir; posee el instinto moral y la conciencia: en fin, sus medios locomotores, á los cuales suple su inteligencia, traspasan con mucho. los límites de sus necesidades." (1)

393. Este cuadro comparativo, entre los instintos del bruto y las potencias y facultades del hombre, nos conduce naturalmente á formar una sencilla reflexion, en que vemos una prueba incontrastable de nuestra inmortalidad. El bruto nace ya con todo lo necesario para llenar sus destinos en el curso de la vida; y están tan proporcionadas sus perfecciones á su

(1) *Blaud. Traité élém de physiol. philosoph., t. 1.º pág. 208. Se ha tomado de este autor el fondo de las ideas; pero se ha variado la redaccion.*

existencia, que cuando muere, se verifica una completa consumacion: por que nada de lo que el bruto tiene se extiende á mas que sus necesidades físicas, ni se encamina á otro objeto que la conservacion individual. Al contrario sucede con el hombre: la vida humana es mui pequeño y reducido teatro para la accion de su pensamiento: léjos de estar limitado á las propias necesidades de la conservacion, extiende su mirada mas allá del sepulcro, concibe y ejecuta designios que han de servir á los goces de una inmensa posteridad, muere, y muere pensando en la vida: abandona las riberas del tiempo, pero en el instante mismo en que mira romperse los velos que le ocultaban los atrios inmensos de la eternidad. ¿Cómo explicar esto? ¿Serán iguales los resultados, cuando han sido tan desiguales los medios? ¿Habrán de revolverse para siempre el polvo del hombre y el polvo del bruto? Destruid el dogma de la otra vida, y la razon humana quedará á vuestros ojos como una triste condicion del hombre, como una fuente de miseria, una tentacion continua y desesperadora, como un distintivo de tinieblas, y no como un destello purísimo de la luz increada.

CAPITULO TERCERO.

Pruebas fundadas en las inclinaciones y sentimientos mas comunes entre los hombres.

394. ¿Y qué diremos de las inclinaciones y de los sentimientos que ennoblecen la especie racional? Es preciso á la vista de ellos recurrir á la inmortalidad del alma; por que si no, todo queda inexplicable.

¿Cómo atribuir en efecto á una sustancia destructible y perecedera ese noble amor que el hombre tiene á la gloria y á la verdad, esos movimientos apasionados que le llevan al heroismo, ese arrebato de la ambicion que le impele hácia las grandes empresas, esas inclinaciones felices que le hacen amar la beneficencia y las virtudes tranquilas, ese fuego divino, con que están animadas las obras maestras de la elocuencia y de la poesía?

395. Todo anuncia en el hombre su convicción profunda de la inmortalidad del alma. Ese deseo insaciable de felicidad que siempre le agita, esa conciencia que siempre le estimula, esa prevision que donde quiera le sigue, esa inclinacion irresistible á dejar en pos de sí un recuerdo de su nombre, cierta especie de adhesion á todo lo indefinido é ilimitado, y hasta el mismo recogimiento religioso con que se acerca á la morada de los muertos: todo esto es un brillante testimonio de su creencia y una revelacion sublime de su inmortalidad.

Deseo de la felicidad.

396. ¿No es cierto que hai en nuestro corazon una propension irresistible hácia la felicidad? ¿No lo es igualmente, que no se encuentra durante la vida una satisfaccion plena que contente este noble deseo? „Nuestras pasiones, dice el inmortal autor del *Genio del Cristianismo*, pueden saciarse fácilmente en la tierra: el amor, la ambicion, la cólera, tienen una plenitud asegurada en sus goces; solo la necesidad de felicidad carece aquí de satisfaccion, como de

objeto; por que no se sabe lo que es esta felicidad que se desea.” (1)

397. Frecuentemente se engaña sobre los medios de llegar á ella, mas aun cuando está labrando su propia desdicha, busca invenciblemente su felicidad. ¿Pero llega encontrarla alguna vez en toda la plenitud que desea? Nó: atormentado por vagas esperanzas, se figura el porvenir mejor que lo presente; en la juventud aspira á la edad madura; llegando á la edad madura, lamenta el término de la juventud, pero siempre se lisonjea con esperanzas. Corre tras el fantasma que huye delante de él, llega á la vejez y á las puertas del sepulcro, *arrastrando*, dice Bossuet, *la larga cadena de sus esperanzas frustradas*. ¿Por qué pues tanta ambicion por una parte y tanta impotencia por otra? ¿Por qué cada uno se queja de su suerte y envidia la de los otros? ¿Por qué el corazon humano se abre sin cesar, como si quisiese absorber el mundo entero? ¿Por qué siente irritarse sus deseos á medida que se satisfacen? Por que su destino no está encerrado en los límites del mundo, por que todo lo que no sea la *inmortalidad* es indigno del rei de la creacion.” (2)

398. En efecto, si el hombre perece todo, la naturaleza se ha engañado á sí misma, dándole una inclinacion sin objeto y sin esperanza: absurdo incompatible del todo con las ideas exactas de orden y perfeccion, que nos suministra la contemplacion de la naturaleza. Al contrario, si el alma es inmortal, esta felicidad que buscamos deja de ser un nombre

(1) Lib 6.º chap. 1. (2) Delalle.

vano; se comprenden fácilmente su existencia y sus goces; nuestros deseos tienen un objeto determinado, y nuestras esperanzas un fundamento sólido y un apoyo seguro.

Estímulos de la conciencia.

399. Este sentimiento, que nos impele hácia la felicidad, mantiene constantemente á nuestro corazón en una alternativa de paz y de inquietud, de placer y dolor. Esta alternativa sigue la razón directa de nuestra conducta; y prevalece, ya en la intensidad, ya en la duración, un sentimiento ú otro, según la naturaleza de las acciones que practicamos. Cuando el hombre se abandona al impulso loco de las pasiones, lejos de hallar una satisfacción pura y un contento verdadero, paga por lo común un placer del momento con largas y penosas inquietudes, que le persiguen por todas partes, y le maltratan sin cesar. Estas inquietudes mortales, que se conocen con el nombre de *remordimientos*, deben mirarse también como una prueba incontrastable de nuestra inmortalidad. En efecto, el hombre no se agitaría tanto, si pudiera estar seguro de que todo acaba en la muerte: por que nada tendría que temer más allá del sepulcro, y sería, por tanto, dueño de la quietud más completa, con solo reservar sus crímenes en los profundos secretos de su corazón. Pero no hai reserva que triunfe del poder irresistible de los remordimientos, ni recurso en lo humano para ahogar los clamores penetrantes de una conciencia agitada. En vano el corrompido ateo llena sus libros de cavilaciones y sarcasmos

contra el dogma sacrosanto de la otra vida: nada pueden los sofismas del espíritu contra la voz elocuente del remordimiento. „Si el vicio, dice el autor citado, «no es más que una consecuencia física de nuestra organización, ¿de dónde viene aquel espanto que «perturba los días de una prosperidad culpable? ¿por «qué motivo es tan terrible el remordimiento, que «perfiere muchos someterse á la pobreza y á todo «el rigor de la virtud, antes que adquirir unos bienes «ilegítimos? ¿por qué hai una voz en la sangre, y una «palabra en la piedra? El tigre despedaza su presa y «duerme; el hombre llega á ser homicida, y se des- «vela. Busca los lugares desiertos, y sin embargo, le «espanta la soledad; se arrastra en torno de los se- «pulcros, y teme sin embargo á los sepulcros. Su «mirada es móvil é inquieta; no se atreve á fijarla «en el muro de la sala del festin, temeroso de leer «allí los caracteres funestos. Sus sentidos parecen «mejorarse con el fin de atormentarle: ve en medio «de la noche luces amenazadoras; siempre está rodea- «do del olor de la carnicería; descubre el sabor del «veneno en los manjares que él mismo sazona; su «oído con una extraña sutileza encuentra ruido don- «de todo el mundo halla silencio; y cree sentir el «puñal oculto bajo la ropa del amigo á quien estrecha «entre sus brazos.” (1)

400. Concluyamos pues afirmando con entera seguridad, que estos remordimientos penosos son la consecuencia precisa de la inmortalidad del alma, y una voz constante que Dios ha querido mantener en

(1) *Génie du Christianisme. Liv. 6.º chap. 2.*

cada uno de los hombres, para enderezar la conducta de todos al fin divino que se propuso cuando nos hizo á su imágen y semejanza.

Prevision.

400. Uno de los rasgos característicos del hombre, y que mas distingue sus facultades internas de los instintos del bruto, es la *prevision*. Propende con tal fuerza el hombre á extender sus miradas mas allá de lo presente, que su *prevision* es no solo una facultad, sino un sentimiento dominante. No sé que encanto desconocido, pero resistible, tienen para nosotros las tinieblas del porvenir; pero el hecho es que á medida que se perfeccionan nuestras potencias, se aumenta nuestro interes por lo que no sucede todavía, y crece en nuestros ánimos el deseo de vivir en lo futuro. „El buei rumia sin desconfianza junto á la mole inmensa que amenaza su vida; el cordero «pace tranquilamente bajo el cuchillo que va á degollarle; y el noble corcel que se excede por servir á su señor, se inquieta poco de los malos tratamientos que la ingratitude le prepara en su vejez. El «hombre al contrario, experimenta alternativamente «el temor de la muerte, el estrago de las pasiones, «la *prevision* funesta del mal; y en la mas noble parte «de sí mismo, agota, digámoslo así, la deplorable facultad de sentir toda la extension de sus miserias.” (1) De aquí nace, como de un manantial inagotable, aquel

(1) *Verry Nuits remains*, 6.ª nuit, 5.ª entretien.

sentimiento irresistible, que dejando atras todo lo presente, le traslada sin esfuerzo hasta el lejano y oscuro porvenir.

401. Observad uno de esos hombres que el mundo llama felices: ¿se ve rodeado por todas partes de ricos tesoros? ¿habita los soberbios palacios? ¿recibe de continuo los espléndidos tributos que ofrece la admiracion á la celebridad y á la grandeza? Pues guardaos de creer que este mortal, que parece tan dichoso, halle sobrado extenso el círculo de lo presente, para reducir á él todas sus ideas y todos sus sentimientos: vedle por el contrario, agitado por el deseo de esa felicidad desconocida, que no ha descubierto ni ménos probado todavía: vedle consumido por los remordimientos que acompañan de ordinario á la posesion de las riquezas, al ruido de la fama y á los prestigios seductores de la falsa gloria: vedle por último, salvar los límites de lo presente y buscar solícito con la luz de la *prevision* los peligros que amenazan á su prosperidad y á su magnificencia. Ni el curso de los años, ni la presencia de la senectud, ni la conviccion plena de una muerte ya mui inmediata, debilitan el vuelo de la *prevision*, y el atractivo misterioso del porvenir. ¿Por qué incomprendible magia, esta criatura tan limitada en sus goces, tan oscura en su razon y tan rápida en su existencia, no quiere abandonar un solo instante la contemplacion del porvenir? ¿Qué ve mas allá del sepulcro, cuando la misma cercanía de la muerte, léjos de entibiar este sentimiento, le comunica nuevos impulsos y derrama un interes mas grande sobre la escena misteriosa de lo futuro?

402. ¿Se trata de un hombre desgraciado, que está apurando hasta las últimas héces del dolor? Mirad la noble resignacion, como parece extenderse por su frente atribulada, miradle como no desespera nunca, y con que noble paciencia arrastra el insoportable peso de las enfermedades, de la miseria, de la calumnia y de la mas tenaz y empeñada persecucion. Si la muerte todo lo consume y acaba, ¿por qué no se lanza de una vez en el sepulcro? ¡Ah! no le convenceréis nunca: el os dirá que el infortunio no carece de encantos, y que la esperanza no se consume en el fuego de la tribulacion: tenderá su vista sobre ese horizonte que no tiene límites, y cansado del espectáculo de la tierra, levantará tranquilo sus ojos á los cielos: buscará incesantemente un apoyo contra la adversidad, „no en sí mismo, dice el celebre autor de las *«Noches romanas, no tampoco en la tierra, donde «todo parece respirar infortunio; sino en el cielo, de «donde la súplica hace descender el consuelo al seno «de los desgraciados que lo imploran. ¡Qué insensatos y culpables á un mismo tiempo son esos escritores, «que en la depravacion de su corazon consagran sus «talentos á privar á los hombres de los socorros que en abundancia magnífica les suministra el solo recuerdo de su inmortalidad, dogma sin el que, «la razon está sin guia, el error sin remedio, sin «freno el vicio, y la virtud sin recompensa.»* (1)

Adhesion á lo indefinido é ilimitado.

403. Examinando atentamente lo que pasa dentro

(1) *Nuits romaines. 5.ª nuit, 6.ª entretien.*

de nosotros, apenas haremos una reflexion que no despierte luego el sentimiento de la inmortalidad. Entre lo mucho que pudiera decirse sobre esto, elegiremos una breve y sencilla observacion. No puede negarse que el espíritu de novedad, es decir, el deseo de renovar constantemente nuestros goces y hasta nuestros pensamientos mismos, es un rasgo característico del hombre. Apenas habrá uno que no haya sentido muchas veces en su vida eso que se llama *desazon*, ó sea una especie de fastidio causado por la continuacion de las mismas cosas. Tal vez los progresos de las ciencias y de las artes, la consagracion al lujo y á la moda, el cultivo mas frecuente de la imaginacion y hasta una gran parte de las vicisitudes políticas, traen su principio de esa inclinacion á la novedad. El hombre no se halla bien en su presente estado, por que siempre lo halla perfectible; y se diría que desdeña las cosas desde el instante que las comprende. El guerrero no quiere detenerse mucho en las nuevas plazas que conquista, por que anhela incesantemente por el progreso de sus victorias, progreso que parece establecer un órden sucesivo en los designios de su entendimiento y en los placeres de su corazon: el artista goza por algunos dias los encantos de la sorpresa que ha causado su genio á la admiracion; pero mui pronto entra la calma, los sentimientos siguen su curso ordinario, y ha menester él de multiplicar las creaciones de su genio, para prolongar con los transportes del pueblo las ilusiones felices de la gloria contemporánea. Las Academias científicas aseguran al sabio que las ilustra, la consideracion que se debe á los grandes conocimientos;

pero no coronan dos veces con la exaltacion del entusiasmo ninguno de los descubrimientos: se aplaude al principio; pero algun tiempo despues solo se tributa una especie de consideracion distinguida. El poeta sabe mui bien, que sin la novedad poco ha conseguido; y por esto se abandona constantemente á los bellos delirios de una imaginacion criadora. Nada pues triunfa de aquella indiferencia que es consiguiente á la repeticion de unas mismas cosas siempre limitadas; y por esto sale siempre de esta lei comun cuanto no tiene límites. „El alma, dice Chateaubriand, «está pidiendo eternamente; apénas ha conseguido el «objeto de sus deseos y ya pide otro: el universo entero «no la satisface. Lo infinito es el campo único que le «conviene: gusta ella de perderse en los números, de «concebir las mas grandes, y las mas pequeñas dimensiones. En fin, henchida y no satisfecha de cuanto ha «devorado, se precipita en el seno de Dios, donde vienen á reunirse las ideas del infinito en perfeccion, en «tiempo y en espacio; pero ella no se sumerge en la «Divinidad, sino por que está Divinidad está llena de «tinieblas. Desde el momento en que lograrse verla «con entera distincion, la desdeñaria tal vez, como «desdeña todos los objetos que mide.» (1)

404. ¿De dónde viene pues este fastidio del estado presente, este noble desden con que mira el alma todo lo que se mide y numera, esa inclinacion dominante á lo que es grande é indefinido? Cómo explicar estos raptos sublimes, sino como otras tantas consecuencias de la inmortalidad del alma. Si el

(1) *Génie du christianisme*, liv. 6.º, chap. 1.º

hombre desdeña la muerte, es por que satisfecho de que no muere todo en él, aguarda mas allá de la tumba el rico patrimonio de sus grandes virtudes: si la teme, es á consecuencia del incierto porvenir que se le espera: si prevee sin cesar, es por que su prevision tiene un objeto que no está subordinado á las leyes de los siglos: si se disgusta siempre de la monotonía, es por que se contempla superior á todo lo que comprende y abraza: si gusta en fin de lo indefinido, es por que aquí está cerca de lo infinito, donde gozará sin medida, sin cansancio, y donde eternamente estará sumergido en un oceano de gloria que no puede sondear.

Respeto á los sepulcros—honores fúnebres—amor de la gloria y de la inmortalidad.

405. Concluyamos estas observaciones con una que merece toda nuestra atencion. En todos los pueblos y en todos los siglos se han honrado siempre las cenizas de los muertos, se han visto con respeto sus sepulcros, se han acostumbrado homenajes fúnebres para celebrar las grandes acciones de los que ya no viven, se ha profesado un amor grande á la gloria póstuma, y los hombres todos han sentido una inclinacion irresistible á la inmortalidad. Si el alma no es inmortal, ¿cómo explicar todo esto? ¿qué interes puede inspirar una pequeña porcion de polvo; de polvo, es decir, de lo que hai mas insignificante en el conjunto de la materia? No es posible creer que este instinto de todo el género humano, este sentimiento que no se ha menoscabado con el trascurso de los siglos, sea una cosa

vana y sin objeto, un efecto del capricho, una obra de la casualidad. El capricho es por su naturaleza singular y pasajero, es débil y variable, y no pudiera por lo mismo reunir en un sentimiento comun á todas las generaciones que existen y han existido. Hai pues una cosa mas real y un motivo mas permanente y sólido en estos instintos comunes de todo el género humano. Sin duda que los vivos no respetan las tumbas sino por que las ven custodiadas por el espíritu de sus mayores; sin duda que no ofrecen sus tributos á los muertos en la inteligencia de que han vuelto á la nada, sino por que imaginan que habitan en una region superior á donde llegan sin dificultad los ecos del mundo. No es creible que los amantes de la gloria póstuma estén en la inteligencia de que despues de la muerte, han de ser insensibles á los honores con que haya de recompensarlos una posteridad reconocida; y es imposible persuadirse que ese horror que todos tienen á la nada y ese amor vivo y dominante que todos profesan á la inmortalidad sean unas afecciones quiméricas, unos sentimientos sin causa y sin objeto.

406. „En el sepulcro, dice Chateaubriand, por un encanto invencible, la vida está unida á la muerte; y la naturaleza humana se muestra en él superior al resto de la creacion y declara sus altos destinos. ¿Conoce la bestia el féretro, ni se inquieta por sus cenizas? ¿Qué le importan los huesos de su padre? ¿Sabe siquiera quién es su padre, cuando han pasado ya las primeras necesidades de la infancia? ¿De dónde nos viene pues á nosotros la poderosa idea que tenemos de la muerte? ¿Merecen por ventura nuestros homena-

ges algunos granos de polvo? Sin duda que no. Si respetamos las cenizas de nuestros mayores, es por que una voz nos advierte de que no todo se ha extinguido en ellos. Esta es aquella voz que ha consagrado el culto fúnebre en todos los pueblos de la tierra: por que todos están igualmente persuadidos de que el sueño no es durable ni aun en el sepulcro, y que la muerte no es mas que una transfiguracion gloriosa. (1)

407. Aludiendo Ciceron al universal concepto que habian tenido los hombres mas insignes acerca de la inmortalidad del alma, y deteniéndose particularmente en la veneracion religiosa que se tenia á los sepulcros, se explica de esta manera. „No es posible que hombres de tan extraordinario ingenio y sabiduría hayan respetado con tanta religiosidad los sepulcros, ni condenado á penas tan fuertes á las personas de aquellos que habian cometido el crimen de violarlos, si no hubiesen estado persuadidos de que la muerte, léjos de ser una destruccion que todo lo acaba y extingue, debia mirarse mas bien como cierta especie de trasmigracion ó mudanza de vida, que dirige al cielo á los hombres y mugeres distinguidos por sus buenas acciones. Lleno de estas grandes ideas, que eran las mismas de nuestros padres, y conforme al ruido de la fama, exclamó Ennio:

Romulo está en el cielo, y vive con los Dioses. (2)

408. „Estas pompas fúnebres, estos lúgubres apar-

(1) *Génie du chistianisme. liv. VI, chap. III.*

(2) *CICERON. Quæst. tusc. lib. 1.º § XII.*

tos tienen por motivo nuestra persuasión de que la persona que amamos, aunque privada de la vida, es susceptible de todos nuestros sentimientos; y esta persuasión nos viene sin duda de la naturaleza, y no por cierto de la reflexión y el estudio." (1)

409. „Pero el mas grande argumento de que podemos servirnos á este propósito, por que prueba que la misma naturaleza decide en silencio nuestra inmortalidad, es el ardor con que todos los hombres trabajan por unos designios que no han de venir á tener sin cumplimiento sino despues de su muerte."

410. „Al mismo tiempo que el diligente labrador planta algunos árboles, cuyos frutos no ha de ver nunca, ¿un hombre grande no planta, digámoslo así, instituciones y repúblicas? ¿A qué fin el empeño de tener hijos, de propagar el nombre, de adoptar á los niños? Por qué esa nimia escrupulosidad en los testamentos? ¿Qué significan, por último, los grandes monumentos que se unen á los sepuleros, y las inscripciones gratulatorias, sino que nosotros todos estamos ocupados igualmente del porvenir?" (2).

411. „Y qué, ¿podremos persuadirnos que tantos varones insignes, como han derramado su sangre por el bien de la república, pensaban de otra manera? Creerian que su grande nombre habria de acabar en el mismo término que su vida? No: jamas hombre alguno sin una esperanza firme de inmortalidad, se hubiera ofrecido á la muerte por su patria. Temístocles y

(1) CICERON. *Ib.*, § XIII.

(2) *Ibid.*, § XIV.

tambien Epaminondas hubieran podido, no lo dudéis, pasar una vida quieta; y para no buscar ejemplos extrangeros y tan lejanos, yo mismo habria podido gozar esa tranquilidad. Pero no sé como está fuertemente radicado en nuestras almas cierto presentimiento grande de los futuros siglos, presentimiento mas fuerte y manifiesto en los grandes ingenios y en las almas sublimes. Quitad este presentimiento, y decidme: ¿quién seria tan demente, que se resolviese á vivir siempre en medio de los trabajos y peligros? Hablo aquí de los hombres de Estado: ¿qué diré de los poetas? ¿No pretenden ellos eternizar su memoria?

*Este retrato contemplad, romanos,
Del viejo Ennio, que de vuestros padres
Pinó los hechos de eternal memoria.*

Este poeta reclama con instancia, de los romanos, por haber cantado la gloria de sus mayores, una recompensa de gloria: el mismo decia:

*Nadie me honre con lágrimas, ni erija
Noble aparato funeral; yo vivo,
Y por la voz de los que existen vuelo.*

412. ¿Pero ¿a qué hablar de los poetas? Tambien los artistas quieren immortalizarse. ¿Por qué Phidias gravó su retrato sobre el escudo de Minerva, ya que no lo fué permitido inscribir su nombre? Pasemos á nuestros filósofos. ¿No es cierto que hasta en aquellos libros que escriben sobre el menosprecio de la gloria, gustan de colocar sus nombres? Si pues el

consentimiento de todos los hombres es la voz de la naturaleza, y si todos los hombres de cualquiera parte que sean, están persuadidos de que mas allá de la muerte hai alguna cosa que á todos nos interesa, debemos, portanto, suscribirnos á esta opinion. Y si aquellos que sobresalen por el talento y la virtud son á nuestro juicio, por su genio superior, los que mejor conocen los impulsos de la naturaleza, es verosímil, que despues de su muerte hayan de conservar el sentimiento de alguna cosa, puesto que se consagran con tal empeño á merecer la estimacion de la posteridad." (1).

413. „Penetrado de estos principios, Sócrates, al instante mismo de ser condenado á muerte, no quiso buscar patrono que defendiese su causa, ni presentarse él mismo á sus jueces en ademan de suplicante: manifestó una contumacia noble, que no traía su origen del orgullo, sino de la grandeza de su alma. En el último dia de su vida discurria sobre esta materia mui largamente: poco ántes no quiso fugarse de la prision, aunque le hubiera sido mui fácil; y cuando ya tenia en sus manos la bebida fatal, habló de tal manera, que no parecia estar próximo á perder la vida, sino disponiéndose ya para subir á los cielos." (2)

414. Así se explicaba un filósofo gentil, cuyos recursos estaban limitados á las luces de su razon. El veía difundido por todas partes y mas particularmente entre los grandes hombres este amor de la

(1) CIC. *Ib.*, § XVII.

(2) CIC. *Ib.*, § XXIX.

gloria, esta inclinacion irresistible á merecer el recuerdo de la posteridad; y al ver cómo sacrificaban muchos, como Sócrates, su misma existencia, no solo sin temor, sino con una confianza generosa, no halla ninguna explicacion natural, que pudiera darse sobre esto, si hubiese de negarse el dogma sublime de la inmortalidad. En efecto: ¿cómo explicar este amor á la gloria, este desden generoso de la muerte, si todo muere en el hombre? ¿Qué interes podria inspirar este recuerdo de la posteridad, tan ambicionado entre los genios mas esclarecidos? ¿Podria nunca ser esta una recompensa digna de tan costosos sacrificios, si el hombre, despues de morir, fuese insensible á tales recuerdos? „Este homenaje y respeto, dice Feller, serian una locura de parte de los «que los tributasen. Porque, ¿á quién los daban? «Honrar lo que no es, ni existe, reservar su estimacion para la nada, solo puede hacerlo un loco rematado." ¿Y seria ménos fatuo el que abicionase tales «elogios? „Qué me importa lo que dirán ó pensarán «de mí, cuando yo no exista? ¿No es mucho mejor «vivir y sentir, que morir para que hablen de mí?" (1) Esta inclinacion pues, á la gloria y estos homenajes que los vivos tributan á los muertos, todo lo cual está fundado en un sentimiento profundo é irresistible, seria inexplicable, si el alma no fuese inmortal.

415. ¿Pero qué prueba mayor de este dogma, que el universal deseo de inmortalidad? „El deseo de la inmortalidad es uno de aquellos sentimientos constantes invencibles y universales, contra los cuales seria

(1) *Cath. philosoph. lib. 2.º cap. 2.º núm. 189.*

del todo inútil y vano luchar: cuanto hai dentro y fuera de nosotros nos advierte, que el hombre tiene horror á la nada, que quiere vivir siempre, y no con la vida corporal, cuyo fin prevee, sino con otra vida que no debe acabar nunca. Dirigido por esta inclinacion irresistible, busca en todas partes la inmortalidad: quiere vivir en sus obras, en la opinion de los otros, en la memoria de aquellos á quienes conoce; y no puede pensar sin un horror secreto en la posibilidad de ser aniquilado en la muerte. Si, yo invoco en apoyo de esto el testimonio de la conciencia universal: aun el impío, que blasfema de la Providencia y querria poner su infame vida bajo la proteccion de la nada, no puede mirar sin espanto ese espectro inmundo que invoca en el lecho de su muerte. Su alma, oprimida entre dos terrores opuestos, el de la justicia divina y el de su aniquilamiento absoluto, escoge este último, como el ménos formidable, y exclama con una ansiedad desesperadora: *La muerte del hombre es pues como la de la bestia.* (1) Mas no por esto mira tal acontecimiento como un bien, y si en el momento mismo que pronuncia estas palabras, pudiese alguno garantizarle una existencia eterna con la impunidad, á lo ménos con una felicidad semejante á la de aquellos á quienes la justicia humana tiene condenados á un trabajo forzado, palpitaría de gozo y de esperanza. Y si tal sucede aun con el criminal, ¿qué dirémos de aquel que ha visto correr sus días en el egercicio de la virtud, y que ha

(1) *Ergo unus est hominis interitus et jumentorum.*
Ecles. 3, 19.

cumplido fielmente con lo que debe á Dios, al próximo y á sí mismo? Si pudiese convocarse á todo el género humano y preguntarle, ¿qué desea mas? responderia con una voz unánime: LA INMORTALIDAD."

416. „¿Pero cómo habria Dios impreso tan profundamente este deseo en nuestros corazones, si quisiera engañar nuestra expectativa y arrancarnos esta existencia, hácia la cual nos sentimos inclinados desde el fondo de nuestras entrañas? ¿Qué tormento para un ser, que tan ávidamente se lanza en un porvenir indefinido, el saber que este porvenir ha de escapársele, y que ha de llegar un día, en que no quedará de él, sino un puñado de ceniza y algunos huesos calcinados! ¡Extraño sistema, que á fin de hacer evitar el infierno á los malhechores declarados é incurables, pretendiese convertir la presente vida en un suplicio infernal para la humanidad entera! Y en este sistema espantoso, ¿qué seria de la bondad divina? ¿No podria asegurarse que el Omnipotente no nos puso en la tierra, sino con el objeto de hacer un ensayo ridiculo de la tiranía mas caprichosa que pueda imaginarse? No: el Dios que yo adoro no es un cruel que se complazca en atormentarme con la sed devoradora de una felicidad quimérica: no podré resolverme á creer jamas, que este Ser soberano me haya hecho tan grande, á fin únicamente de tratarme con ménos compasion que á los animales que se ha dignado someter á mi imperio. (1)

(1) *Delalle, Cours de contro. catholique, t. 3.º pág. 536, edit. de Paris de 1839.*